

Gesio Floro se había retirado á Cesarea, y los ricos casi abandonados á sí mismos, hicieron frente á la sublevación habiendo durado la lucha en las calles por espacio de siete días. Pero los sicarios tuvieron tiempo de acudir de sus montañas, y en cuanto ellos tomaron parte en la lucha, se decidió sin más retardo: los ricos fueron expulsados de la ciudad alta; incendiados sus palacios y degollados cuantos pudieron haber á las manos.

Floro había dejado en Jerusalén algunos soldados, los cuales se defendieron en las torres de Hípico, de Fasael y de Mariamne; pero llegó un momento en que, faltos ya de todo recurso, tuvieron que abrir sus puertas, estipulando previamente que se respetarían sus vidas. A pesar de la estipulación todos fueron pasados á cuchillo el mismo día, con ser sábado.

En cuanto cundió la voz de estos acontecimientos, el odio de los griegos, mucho tiempo reprimido, estalló contra aquel pueblo, condenado ya por el enojo de Roma. En la capital de Egipto, perecieron cincuenta mil judíos en un tumulto; en Cesarea veinte mil; en Escitópolis, trece mil; en Damasco, diez mil; en Ascalón, dos mil quinientos. Todas las ciudades de Siria, salvo Antioquía, Apamea y Sidón, tuvieron idénticas ejecuciones. En todas partes se vengaban las poblaciones de aquella igualdad que el senado había impuesto con una nación odiosa y de los privilegios que le había otorgado.

Cuando los judíos de Palestina vieron llegar á los pocos que se habían salvado de aquella matanza, creyeron que se había formado una conspiración para el exterminio de su raza y entonces la insurrección de Jerusalén se extendió á todo el país. Al degüello de los judíos en Siria contestó el de los griegos en Palestina. Y en Decápolis y Gaultide, en Filadelfia y Hesebón, en Gerasa y Pela, y en Gaza, y en Antedón, la sangre corrió á mares. La población griega de Escitópolis se salvó, ayudándose de los judíos establecidos en su seno para rechazar á sus correligionarios; pero ya en salvo, los pasó á cuchillo.

Mientras tanto, el gobernador de Siria, Cestio Galo, entraba en Judea á la cabeza de sus tropas: llegó sin contratiempo á Jerusalén, ocupó la ciudad nueva y el cuartel de Bezetha; pero asaltado por un pueblo inmenso, tuvo que retirarse precipitadamente, retirando seis mil hombres, sus máquinas de guerra y bagajes (oct. 66).

Este triunfo decidió á los más tímidos. Por otra parte, desde las matanzas de Damasco y Alejandría, nadie se atrevía á hablar de deponer las armas: arrastrados por el ejemplo ó el temor, todos, hasta los esenios (1), aceptaron esta última guerra por la independencia. Únicamente los cristianos eran extraños á una contienda por un templo y una patria que no reconocían ya, y según el consejo del Maestro salieron de Jerusalén con su obispo Simeón y se retiraron á las soledades más allá del Jordán. Lo que hacen

(1) Según Josefo (*Ant. Jud.* XVIII, 1, 5) no había entonces allí más de cuatro mil esenios, que formaban menos un partido que una orden religiosa, donde no se ingresaba sino después de severas pruebas. Creían en la inmortalidad del alma, no en la del cuerpo, en la voluntad absoluta de Dios, y por consiguiente negaban el libre albedrío. Vivían en común, sin sirvientes, y no conservaban nada en propiedad. Sus costumbres eran austeras y muchos se consagraban al celibato. Todas las mañanas se bañaban para hallarse en estado de pureza, y oraban antes y después de comer. No juraban nunca, debiendo batar sus afirmaciones; huían de las ciudades; querían sin embargo que cada uno tuviera su oficio, prefiriendo la agricultura. Su misma severidad religiosa los predisponía al éxtasis, al arrobamiento espiritual, y así se les suponía inspiración profética (*Josefo, Bell. Jud.* II, 6; *Ant. Jud.* XIII, 11; XV, 10; XVII, 13). Un esenio llamado Juan se encargó de organizar la resistencia en los distritos de Tamna, Lida, Joppe y Emmaus.

ahora en Jerusalén harán más tarde en Roma: aquellos conquistadores de las almas y del cielo no querían enervar su doctrina en el recinto de una ciudad ó de un imperio percedero.

Después de la retirada de Cestio, se congregó en el mismo templo una gran junta á fin de elegir jefes y organizar la resistencia en todas partes. Los principales personajes se adhirieron esta vez al movimiento y los moderados aceptaron cargos. El historiador Josefo, de la ilustre familia de los Asmoneos, que se contaba entre los menos ardientes, recibió uno de los cinco gobiernos, en que se dividió el país, el de Galilea, que por su riqueza y población, era como el baluarte de Jerusalén. Josefo afirma haber alistado hasta cien mil hombres, á los cuales hizo á la disciplina romana con frecuentes ejercicios. Un *synedrion* ó consejo supremo que residía en Jerusalén, tenía la dirección general de las operaciones.

A pesar del afectado desdén con que Nerón miraba esta defección de uno de los más pequeños pueblos del imperio, la guerra iba á tomar carácter grave, porque en aquel país erizado de montañas, el invasor, hábil y numeroso y todo, no podía intentar el ataque de unas rocas defendidas por hombres resueltos al último sacrificio. El rey Agripa, hechura de Roma, hacía traición á la causa de su pueblo; pero los judíos dispersos en gran número en todo el Oriente podían enviar socorros á sus hermanos y tal vez arrastrar á algunos de los pueblos en cuyo seno habitaban. Entre los defensores de Jerusalén había babilonios, adiabenes, árabes. Josefo lo dice expresamente: «Tratábase menos de castigar á los judíos que de mantener en la obediencia el resto del Oriente, conteniendo las tendencias de todos aquellos pueblos á sacudir el yugo de Roma» (2). En el fondo Nerón juzgó así, y dió á su mejor general, Vespasiano, el encargo de exterminar al único pueblo que se atrevía á turbar el reposo del mundo.

En los últimos meses del año 67, entró Vespasiano en Galilea á la cabeza de más de sesenta mil hombres, contando los auxiliares, aunque poco numerosos, de los reyes vecinos, á saber, Antíoco de Comágene, Sohem de Itúrea, Malco de Arabia, y Agripa, el antiguo tetrarca de la Gaultide. Palmira por su parte le había suministrado diestros arqueros.

Josefo concentró sus principales fuerzas en Jotapata y allí resistió cuarenta y siete días todos los esfuerzos de Vespasiano. Habiendo caído esta plaza, fué sometido en breve el resto de Galilea. Pero la rica provincia pagó bien caro este barrunto de independencia: los romanos fueron crueles y desde los primeros días tomó la lucha un carácter atroz. Nada se respetaba: ni el sexo ni la edad: si se hicieron algunos prisioneros fué para enviarlos á trabajar al istmo de Corinto, que Nerón quería cortar. Los mismos judíos se anticipaban al enemigo en situaciones desesperadas y degollaban á sus mujeres y á sus hijos y se suicidaban luego sobre sus cadáveres. Cuarenta defensores de Jotapata se habían refugiado con su jefe en una caverna, y el enemigo les ofreció la vida: Josefo quería aceptar, pero sus compañeros le amenazaron de muerte si daba un paso adelante, y no le quedó más recurso que proponer que decidiera la suerte el orden en que debían degollarse. El primer designado recibía la muerte del que le seguía, este del tercero

(2) Dice también en su prólogo á la *Guerra de los Judíos*: «El imperio romano estaba agitado entonces por disensiones domésticas... los judíos excitaban tan grandes turbaciones en Oriente, para aprovechar la ocasión, que pueblos enteros temieron estarles sujetos, porque habían llamado en su ayuda á los otros judíos que habitaban allende el Eufrates.»

y así sucesivamente hasta el último (1). Josefo quedó solo con uno de los suyos, á quien obligó á seguirlo al campamento romano, donde para acabar dignamente aquel día de flaqueza, prometió en nombre del cielo el imperio al perseguidor de su raza (67).

Idénticas escenas y más terribles aún iban á renovarse en Jerusalén, porque los judíos, cuya creencia en otra vida se había formado tan lentamente, entendían ahora que los que sucumbían en las batallas ó en los suplicios (2), los héroes y los mártires, gozaban la inmortalidad. Era decir ya lo que Mahoma enseñará más tarde: «El paraíso está á la sombra de las espadas.»

Los zelotes se habían apoderado del templo y desde este punto culminante dominaban la ciudad, que inundaban de sangre. Los miembros de la familia real, los más nobles ciudadanos y los ricos fueron detenidos como sospechosos de querer tratar con los romanos: eran rehenes.

Pero se temía no poder guardarlos, y con razón: un día el pueblo entero rodeó la prisión, se introdujeron en ella algunos bandidos y degollaron á los detenidos. En su radicalismo religioso, no quisieron ya los zelotes sumo pontífice elegido en las grandes familias sacerdotales; sometieron á la suerte este alto cargo, y con esto, un pobre é ignorante levita á quien tocara, recibió, mal su grado, la investidura de Sumo Sacerdote.

Sin embargo el verdadero Sumo Sacerdote, Anano, procuraba levantar el ánimo de los ciudadanos pacíficos. «Vosotros, les decía, vosotros sois los que con vuestro silencio y resignación habéis inspirado tanta audacia á nuestros tiranos. Cuando vuestros conciudadanos eran arrastrados por las calles de la ciudad, ¿quién de vosotros vino en su ayuda? Abandonasteis á unos hombres no condenados por un juicio público: los visteis degollar y no levantasteis el grito para protestar del atentado, ni menos el brazo para defenderlos.»

Estas reconvencciones tuvieron un momento de eficacia, y se armaron también los pacíficos, siguieron al jefe que se les ofrecía y rechazaron á los celadores tras el segundo recinto del templo. Hubo entonces tres guerras en Judea: la de los demagogos religiosos armados contra Roma y la sociedad judía; los defensores de ésta, y los romanos, enemigos de unos y otros. Según acaece en los tiempos de crisis, el partido templado fué el que sucumbió al principio.

Con decisión, hubieran podido los políticos forzar el refugio de los demagogos. Anano, que temía ensangrentar los lugares sagrados, se limitó á un bloqueo que se sostuvo con negligencia. Muchos se hacían reemplazar en su servicio, á precio de dinero, por hombres que estaban en connivencia con los enemigos de los ricos. Advertidos por sus numerosos espías de la facilidad que habría para atravesar las líneas, hicieron partir los celadores á varios emisarios, que llegaron á los distritos del Sur, adonde llamaron á los campesinos (los idumeos) «á la defensa de la casa de Dios, que los traidores querían entregar á los romanos.»

(1) Josefo, *Bell. Jud.* III, 8, 7. No respondemos, por de contado, de la autenticidad de esta historia contada por Josefo mismo. Su vanidad estaba doblemente interesada en hacer esta narración que lo presentaba milagrosamente salvado por la Providencia.

(2) Tácito, *Hist.* V, 5. La primera noticia clara de una vida futura se encuentra solamente en el libro de los Macabeos, II, 7, 9. Josefo, en el discurso que preten de haber dirigido á los cuarenta encerrados con él en la gruta de Jotapata, dice (*Bell. Jud.* III, 8, 5) que los que mueren, después de haber dado á Dios lo que le es debido, gozan una gloria eterna, que su raza se perpetúa y sus almas van á habitar el lugar más santo del cielo, de donde pasan luego á cuerpos puros: era la creencia en la inmortalidad del alma y en la meteméncosis, que rechazaban los saduceos.

Gran número de ellos acudieron al llamamiento y envolvieron la ciudad. Eran incapaces de entrar en ella á viva fuerza; pero una noche, durante una tempestad que hubo de obligar á los centinelas á entrar bajo techado, bajaron cautelosamente del templo los celadores y abrieron las puertas de la ciudad á los idumeos. Anano, que acudió á la primera alarma, fué asesinado, y otros muchos perecieron con él, entre ellos, todo el alto sacerdocio y los ricos que no pudieron escaparse á tiempo. «Era, decían los asesinos, era la cólera de Dios y del pueblo que caía sobre ellos.» De día llenaban las prisiones, de noche las desocupaban degollando á los presos, cuyos cadáveres arrojaban á los perros. Nadie se atrevía ni á mostrar su dolor y sus lágrimas: únicamente los pobres y la gente de poca valía estaban tranquilos sin tener nada que temer.

Hubo, sin embargo, un ejemplo memorable de valor cívico. Para cubrirse con apariencias de justicia, constituyeron los zelotes un tribunal de setenta jueces, ante los cuales se arrastró á Zacarías, amigo de Anano é hijo de Baruch, acusado de haber mantenido inteligencias con Vespasiano. Zacarías se disculpó fácilmente y echó en cara al partido victorioso su usurpación y sus crímenes. Los presentes prorrumpieron en gritos de furor y quisieron darle muerte antes del juicio. Los setenta, por unanimidad, lo absolvió libremente.

A cuatro pasos del tribunal, fué asesinado Zacarías. Impasibles en sus sillas, esperaban los jueces la misma suerte. No los asesinaron; pero los expulsaron del recinto del templo con escarnio y aun con ultrajes de palabra y obra.

Vespasiano conocía esta situación de Jerusalén y dejando que se degollaran los judíos, acababa la conquista del país con calculada lentitud para permanecer, en las difíciles circunstancias del imperio, al frente de fuerzas considerables. Empleó el año 68 en someter, en la orilla izquierda del Jordán, la Perea y algunas ciudades de la Judea; en los primeros meses del 69 invadió la Idumea ó Palestina meridional; tomó á Bethel, Efraim, al Norte de Jerusalén, que se hallaba entonces cercada, y ya iba á emprender el sitio de la ciudad santa, cuando las tropas lo proclamaron emperador (3 julio 69). Por espacio de cerca de un año la guerra civil desvió su atención de la guerra judía.

La tregua que la elevación de Vespasiano diera á los judíos no hizo más que aumentar sus discordias y contiendas. Tres partidos, tres ejércitos, se daban en Jerusalén frecuentes y sangrientos combates. Juan de Giscala con los zelotes templados ocupaba el recinto exterior del templo y los aproches del monte Moria; Eleazar, jefe de los asesinos del Sumo Sacerdote, se había encerrado en el templo mismo; y Simón Ben-Giora, con sus cuadrillas de idumeos, ocupaba la parte alta de la ciudad ó sea el monte Sion. Cada uno de estos tres jefes hubiera querido ser el único dueño de Jerusalén, libertada de la dominación romana, y hacerse entonces reconocer por el Mesías, á quien tanta gloria estaba prometida. Eleazar, fuertemente establecido en una posición inexpugnable, hacía salidas que Juan no podía prevenir, pero se vengaba en Simón, á quien disputaba el Acra ó sea la parte baja de la ciudad. En la fiesta de Pascua, abrió Eleazar el templo á los fieles; Juan introdujo entre la multitud hombres armados, y después de un sangriento combate, obligó á su adversario á entregarse. Había ya una facción menos: quedaban dos, que enfrente del enemigo común, dejaron por fin de hostilizarse.

En la primavera del 70, partió Tito de Cesarea á la cabeza de sesenta mil hombres, y á primeros de marzo llegó bajo los muros de Jerusalén. El sitio, que duró cinco meses, es uno de los más memorables de la antigüedad, y el



mejor conocido de nosotros, habiendo contado extensamente su historia Josefo, que había tomado parte en aquella guerra. No podemos, empero, resumir su narración, pues para hacerla comprender tendríamos que entrar en pormenores de topografía y máquinas de guerra, que exigirían un espacio de que, mal que nos pese, no disponemos. Diremos en pocas palabras que los trabajos de los romanos fue-

ron inmensos, y la resistencia de los judíos igual ó superior á todo lo que el heroísmo pudo jamás realizar en cualquiera otra parte del mundo.

Bien que Vespasiano, hubiera reunido lo que llamaríamos una artillería formidable, hubo menester Tito seis semanas para abrir brecha en el primer recinto y tomar el arrabal de Bezetha. La ciudad baja parecía ganada; pero



Tito Vespasiano (Busto del Capitolio, sala de Emperadores, núm. 22)

cada casa vino á ser una fortaleza y otra muralla la defendía; por lo cual no pudieron los romanos apoderarse de ella sino al cabo de nueve días de porfiada lucha.

A los males de la guerra, todavía se añadieron los del hambre. Habiendo comenzado el sitio durante las fiestas del tiempo pascual, hubo de quedar dentro de la plaza una multitud innumera, y los víveres se consumieron pronto, no sólo por las necesidades del gentío extraño, sino también por la orden de entregar á los soldados lo que tenían en reserva los demás. La miseria llegó á tal extremo, que una madre devoró á su propio hijo. Con esto muchos procuraban huir; pero los que podían burlar la vigilancia de los centinelas de los muros, caían en poder de los romanos, los cuales los crucificaban, viniendo así á perecer hasta quinientos diarios.

Tito ofrecía tratar. «La casa de Dios no puede perecer,»

contestó Juan con fiero entusiasmo. Y continuó la lucha durante mucho tiempo aún, sobre las ruinas de los muros y en medio de los humeantes restos de los pórticos del templo. El general romano hubiera querido de buen grado respetar el célebre santuario; pero un soldado, dice Josefo, impelido como por divina inspiración, arrojó una tea inflamada á una de las salas que rodeaban el templo; el fuego se propagó rápidamente en todas direcciones, y ávidos los judíos de una muerte que les abría el cielo, se precipitaron entre las llamas y las espadas de los romanos (1).

(1) Tácito, *Hist.* V, 5. Sulpicio Severo (II, 30, 6) supone que Tito hizo que se decidiera en un consejo de guerra la destrucción del templo «á fin de arrancar la última raíz de las supersticiones judías y cristianas;» pero es más probable que Tito conociera muy mal á los cristianos y no se curara de ellos, Gratz, *Gesch. der Juden*, III, 403

Así fué destruído el segundo templo de Jerusalén, el 8 de julio del año 70 de J. C.

Pero la ciudad alta se mantenía aún; y el 1.º de agosto la tomaron los romanos y la incendiaron también. Tres fortalezas que los *zelotes* ocupaban en los afueras cayeron sucesivamente luego en poder de ellos. En la última, que llamaban Masada, viéndose ya perdidos los judíos, degollaron á sus mujeres y á sus hijos, y teniendo cada cual abrazados los cuerpos de tan caras víctimas ofrecían la garganta á los que la suerte había designado para prestar á sus hermanos este último servicio, en que ni víctimas ni victimarios flaqueaban.

Cuando los romanos entraron en la plaza, sólo encontraron el pavoroso silencio de la muerte, turbado apenas por el sordo rumor de las llamas, porque los últimos *zelotes* añadieron el horror del incendio á tantos otros horrores.

Este fué el último acto de aquel espantable drama. Según la cuenta de Josefo, que dicho sea de paso, exagera todos los números, hubieron de perecer un millón y cien mil judíos, la mitad de ellos en Jerusalén. Noventa y seis mil quedaron prisioneros y de éstos, fueron vendidos unos, enviados otros á las canteras de Egipto y reservado el resto para los combates del Circo.

Después de la victoria era preciso recompensar á las ciudades de Siria por su fidelidad y buenos oficios: Tito les dió juegos y fiestas, en las cuales presentó á aquellos odiosos judíos desgarrados en el anfiteatro entre las zarpas de las fieras ó degollándose ellos mismos como gladiadores.

En Paneas, para celebrar la fiesta de su hermano, hizo perecer dos mil quinientos en las llamas y en el circo, y otros tantos en Beirut el día del cumpleaños de Vespasiano, reservando sólo 700 para seguir el carro triunfal en que su padre y él entraran en Roma.

Los cautivos vieron por sus ojos llevar delante de ellos los despojos del templo de Sion: la mesa de oro, el candelabro de los siete mecheros, los velos del Santo de los Santos, el libro de la ley (1). Delante de los profanados despojos iban Juan y Simón. Conducido este último al foro después de la solemnidad, fué apaleado cruelmente y después decapitado. Juan murió en la prisión. Medallas acuñadas en memoria de esta guerra, representaban una mujer llorando sentada al pie de una palmera con esta inscripción: *Judea captiva*.

Éralo en efecto y para siempre. Del templo no quedaba más que un montón de ruinas; de la ciudad santa, algunos lienzos de muralla ennegrecidos por el humo del incendio y amenazando ruina (2), y del pueblo judío, restos dispersos en las provincias, adonde va á perseguirlos el odio.

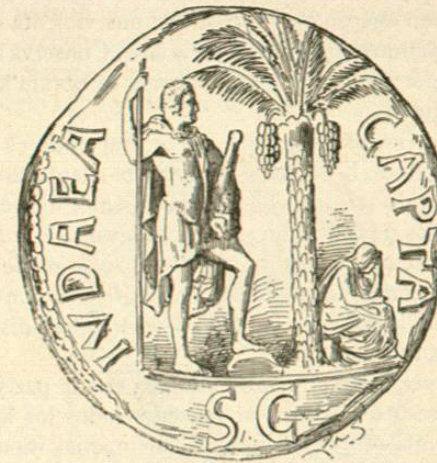
Vespasiano agregó luego toda la Judea á su dominio y ordenó que todos los judíos del imperio pagaran en ade-

(1) Aun se ven esculpidos en el arco triunfal erigido en Roma en memoria de este acontecimiento. Dícese que en 18 siglos no ha querido pasar jamás ningún judío por debajo de este arco. «Es de desear, por honor de los judíos, que esta anécdota sea verdadera: los grandes recuerdos convienen á los grandes infortunios» (Mad. Stael, *Corina*, cap. IV). Según Orosio, trescientos veinte triunfos habían precedido al de Vespasiano y Tito.

(2) Tito dejó en pie, sin embargo, las tres torres de Hipicos, Fasael y Mariamne, la montaña artificial en que se alzaba el templo y que se ve aún, como también muchos otros restos de construcción evidentemente hebraica. Los romanos establecieron luego una guarnición de ochocientos hombres en el monte Sion. Habían encontrado tantas riquezas en el pillaje, que al decir de Josefo, bajó el valor del oro á la mitad en toda la Siria.

lante para el Capitolio las dos dracmas por cabeza que anualmente enviaban al templo de Jerusalén (3).

La guerra acababa de destruir casi al mismo tiempo los dos santuarios de las creencias religiosas que se repartían el mundo. Pero mientras el uno se levantará muy pronto resplandeciente de oro, permanecerá el otro eternamente en ruinas. Y es que ahora el último no es necesario. La idea que tenía encerrada en el *sancta sanctorum*, salió de él para extenderse por todo el mundo, y por ella, los vencidos de hoy serán los vencedores demañana (4); los fugitivos vendrán á ser conquistadores; los abrumados por la fuerza domina-



La Judea cautiva (Tesoro de Num.)

rán por el espíritu, y el Dios judío, arrojado por Tito del templo de Jerusalén, entrará como señor en el Capitolio de Roma, de donde Júpiter y todos los *dioses mayores* serán precipitados.

Refiere Tácito que antes del último asalto, las puertas del templo se abrieron de suyo, y que se oyó una voz sobrenatural que gritó diciendo: «¡Los dioses se van!» y al mismo tiempo todo el ruido de una partida.

Era el Jehovah mosaico, transfigurado por Jesús, que abandonaba su roca solitaria de Sion para venir á ser el Dios del universo y hacer reinarse en él, por espacio de siglos y siglos, con la segunda *ley revelada*, una nueva teocracia llena de masedumbre para con los suyos, implacable como la judía para con sus adversarios. Pero un día, en el seno del mundo *renaciente*, se renovará la lucha, porque los dos pueblos que acaban de darnos tan terrible espectáculo representaban dos tendencias contrarias de nuestra naturaleza, cuya oposición no está cerca de acabar: la fe contra la razón, el entusiasmo contra la ciencia, la religión contra la política, el derecho divino contra el derecho natural.

### III. — VESPASIANO (69-79).

Las dos guerras que acabamos de referir nos han detenido en los extremos del imperio: volvamos, pues, á Roma, que dejamos el día siguiente de la muerte de Vitelio, con

(3) Josefo, *Bell. Jud.* VII, 6. En Cesarea se estableció una colonia exenta de capitación, y más tarde (bajo el reinado de Tito) de impuesto territorial (Dig., L., 15, 8). Además de la guarnición establecida en Jerusalén, conservó el imperio tropas en la Palestina, y como si este país se hallara en estado de sitio, el año 86 retuvo Domiciano sobre las armas á soldados que contaban 25 años de servicio, y á los cuales concedía los derechos del veterano, pero sin la *honesta missio*, es decir sin licenciarlos.

(4) San Agustín (*de Civit. Dei*, VI, 11): *victi victoribus leges dederunt.*